



MADAMA MALIBRAN.

Cuando hace pocos dias (véase el núm. 23) consagramos en nuestro Semanario un artículo neurológico á la memoria de nuestro compatriota el célebre compositor Gomis, lamentándonos al mismo tiempo de las importantes pérdidas sufridas recientemente por el arte filarmónico, estabamos muy lejos de sospechar que tan pronto habíamos de tener que tributar tan triste obsequio á otra notabilidad aun mas célebre, tambien de sangre española, y cuyo admirable talento solo la España no ha tenido ocasion de admirar.

Maria Felicia Garcia, hija del célebre tenor español Manuel Garcia, y de Joaquina Briones, nació en Paris en

3.º Trimestre.

1808. Su padre, compositor distinguido, grande autor, excelente cantor, y sobre todo sobresaliente maestro de canto, quiso educar por sí mismo á su hija en la parte musical. Semejante á Rossini á quien su padre hubo de poner en aprendizaje en casa de un herrero, para obligarle á preferir la música á cualquiera otra ocupacion, la joven Mariquita no manifestaba ninguna disposicion para aquel arte, en que debia brillar con una reputacion sin igual. ¡Cosa estraña! la naturaleza no la habia dotado muy largamente en esta parte. Verdad es que poseia el sentido musical, ó lo que se llama un *oído fino*, imposible de adquirir con el trabajo, pero en cambio tenia un órgano muy defectuoso, una voz tosca, co.da y aspera.

23 de octubre de 1836.

Muchos padres, muchos maestros hubieran declarado que nunca llegaría á cantar medianamente. García no desistió; pero la pobre niña pagaba bien caras las preciosas lecciones que recibía en la casa paterna. Sus primeros años de estudios los pasó bien tristemente, y mas de una vez recibía la aplicación de aquel antiguo proverbio de nuestras escuelas: «*La letra con sangre entra.*»

Apenas salió de la infancia, la lanzó su padre en el teatro. Londres fue quien la vió por primera vez ejecutar papeles fáciles sin brillo y sin consecuencia, porque su talento acababa de nacer, y Londres que tan magníficamente recompensa las reputaciones formadas, no es el país en que el talento se adivina fácilmente. Poco después María siguió á su padre á Nueva-York, donde, á la edad de 17 años, la obediencia la hizo desposarse con un comerciante de bastante edad; pero que pasaba por opulento, el que arrojándola de su familia, debía también sacarla del teatro. Dichosamente para las artes y aun para ella misma no sucedió así. Varios reveses de fortuna hicieron que *Mr. Malibran* declarase á su esposa que su papel de gran Señora había concluido, y era preciso volver de nuevo al de artista. Entonces, bajo aquel nuevo apellido que tan célebre debía hacer, volvió á aparecer María Malibran en la escena de Nueva-York, al lado de su padre. Un trabajo continuado, el sentido de su fuerza y la necesidad de la gloria, aumentaban diariamente su talento. Conoció que podía brillar en mas vasto escenario ante un público mas amante de su arte, y se presentó en París.

Rossini que en su infancia la había oído balbuciar los primeros tonos en el piano de García, reconoció desde luego el alcance de su talento, y la predijo el porvenir que la esperaba. Después de haberse ensayado ante un selecto auditorio, madama Malibran se presentó en el escenario de París, temido de los artistas mas consumados. Esto sucedía si no nos equivocamos en 1817; tenía á la sazón 19 años. Su primera salida la hizo en el gran salon de la ópera en ocasión que se representaba *la Semirámis* á beneficio de Galli. Escusado nos parece recordar el efecto de esta salida. La jóven cantatriz aplaudida con entusiasmo desde el momento en que con paso noble y gracioso atravesó el teatro, desde que hizo resonar su poderosa voz, se elevó á regiones desconocidas y por unanimidad de los inteligentes, quedó colocada entre los talentos de primer órden. Inmediatamente fue contratada como *prima donna* en el teatro italiano. Desde entonces su vida artística no es sino una serie de triunfos no interrumpidos, de victorias que cada día iban en aumento. Sostenida y dirigida por los aplausos de un público ilustrado, apasionada por su arte tanto como por la gloria que adquiría, alcanzó á sus mas ilustres rivales; y hallando en su alma enérgica nuevos recursos y nuevas secretas, las adelantó, las derribó á todas dejándolas muy atrasadas, con admiracion de los inteligentes. Madama Malibran es sin duda alguna la primera celebridad teatral que ha conocido el mundo. Recorriendo como en triunfo la Francia, la Italia, la Inglaterra, las Américas y parte de la Alemania, ha sido en todas partes objeto de honores inauditos; tomos en folio pudieran llenarse de versos en su alabanza, un arrenal de la America pudiera convertirse en florido vergel con las coronas colocadas sobre su frente; pueblos entusiasmados han desunido sus caballos y conducidola á brazo, ejercicios formados en batalla la han presentado las armas, y finalmente sobre el trono del arte ha recibido los honores reservados á la régia dignidad.

En su carrera tan corta como brillante, no tuvo menos parte la adversidad que la gloria. Difícil es explicar lo que ha padecido en tantos viajes, tantos estudios, tantas representaciones. Se la ha visto en París desempeñar subservivamente todo el repertorio del teatro italiano; se la

ha visto tomar indistintamente el papel de *Semiramis* ó el de *Arsaces*; el de *Zerlina* ó el de *Anna*; ser viva y traviesa en *Rossina*; inocente y sencilla en la *Cenerentola*; noble y orgullosa en *Tancredi*; patética en *la Gazza ladra*, sublime en *Desdemona*, tan trágica como Talma, tan bufa como Lablache.

Habiendo hecho disolver hace ocho meses su primer matrimonio contraído con graves nulidades, fue á París á enlazarse en presencia de sus amigos, y de su familia, con el hombre de su eleccion, (*Mr. Bériot*, célebre violinista) el hombre digno de ella, y el único tambien de entre sus adoradores que podía convencerse de un amor correspondido. La noche en que se celebró la ceremonia, cuando ella se consideraba feliz en llevar un nuevo nombre, se reunieron en su casa las mas altas reputaciones musicales y políticas: Rossini, Meyerbeer, Auber, Mercadante, Halévy, Nourrit etc. solo faltaba entre los unos aquel joven Bellini, arrebatado, como ella acaba de serlo en la flor de su edad; y entre los otros Lafayette que la había amado como padre, y que con una gracia inesplicable la decia: «*María, vos seréis sin duda mi última pasión.*» La tertulia se convirtió en un pequeño concierto que empezó como por casualidad, y concluyó á las dos de la mañana. Solo había tres ejecutantes; pero ¿pudieran hallarse otros iguales? eran, pues, ella, Bériot y Thalberg.

Madama Malibran dotada de una concepcion rápida, y de una admirable fuerza de voluntad, obtuvo el mas feliz resultado en todo cuanto emprendía. Hablaba cuatro idiomas con igual perfeccion, y todos cuatro los empleaba en conversaciones cruzadas con diferentes interlocutores sin llegar á confundirlos. El español, idioma maternal; el francés, idioma de su educacion; el italiano, idioma de su arte; y el inglés, idioma de sus viajes. Tambien sabia, aunque poco, el alemán. Con una destreza y una habilidad poco comunes ejecutaba cuantas labores propias de su sexo se la presentaban. Apenas veía en otra una obra desconocida para ella, enviaba á buscar los objetos necesarios, la emprendía, y con la mayor facilidad escedía á sus modelos. Sin haber aprendido á dibujar ejecutaba retratos bastante semejantes, y sobre todo caricaturas llenas de poesia y de malicia. Nadaba, manejaba las armas, hacia juegos de fuerza y de destreza, y montaba á caballo con una gracia, un aplomo y un valor poco comunes.

Madama Malibran como todas las celestidades, como todas las personas sobre quienes se fija la pública curiosidad, fue el blanco de la curiosidad y de la maledicencia. Sobre su personal, sus costumbres, su carácter, se han inventado mil fábulas ridiculas, anaque desmentidas, y de las que los mismos que las esparcieron se hubiesen avergonzado, si hubieran tenido la fortuna de tratarla de cerca y de conocerla. La vida de una mujer como Madama Malibran estaba muy espuesta á todas las miradas para ocultar la mas minima falta, el mas pequeño descuido ó ligereza. Pero si fuese necesario compendiar y publicar los rasgos de beneficencia que han honrado su vida, se pudiera formar una obra tan dilatada como la coleccion de las alabanzas tributadas á su talento. Prodigar el dinero era muy poco para quien ganaba mucho, pero ella sabia unir á sus donativos la gracia y la oportunidad que dulcifican la pena de necesitarlos, y que doblan su precio. Permitáseos recordar entre otras mil una anecdota que se ofrece á nuestra memoria.

En 1829 una jóven inglesa corista en el teatro de París, no teniendo medios para seguir la compañía á Londres, quiso dar un concierto en casa de una persona benévola que la franqueó su salon. Siempre dispuesta á ser útil Madama Malibran consintió en cantar en ella, y su nombre bastó para reunir una numerosa sociedad. Aquella noche contra su costumbre vino tarde y se hizo esperar. Concluido el concierto llamó aparte á la beneficiada: «*Os había prometido la noche, la dije, y he buscado el medio*

de aprovecharla con doble ganancia. Antes de venir aquí he cautado en casa del duque de Orleans. Ved ahí los cien escudos que me ha dado, y puso en manos de la joven extranjera un bonito bolsillo lleno de monedas de oro. Cada uno de sus amigos pudieron contar una multitud de rasgos semejantes, sin otros muchos, cuyo secreto la ha acompañado hasta el sepulcro.

Esta mujer admirable, ha muerto en Manchester el 23 de setiembre último á los 28 años de edad, víctima de una fiebre nerviosa mal combatida por la medicina. Ha dejado su madre, su marido, un hijo de tres años, un hermano digno sucesor de su padre en la enseñanza del canto, una hermana apenas adolescente que promete llegar algún día al rango de eminente profesora, y ha dejado en fin una plaza para siempre vacía en la estimación de sus admiradores, y en el corazón de sus amigos.

UN PALACIO DE HIELO.

El invierno del año de 1740 se hizo memorable por un frío sumamente rigoroso que se sintió en toda Europa. Pocas experiencias curiosas se habían ejecutado hasta entonces sobre el hielo. La más notable y aun maravillosa, fue la que se hizo en S. Petersburgo en el mismo año. Alejo Danielowitsch Tatishschew concibió el proyecto de levantar un palacio todo de hielo, y comunicó su plan á la emperatriz Ana, que no contenta con concederle su permiso quiso costear todos los gastos. A fines de 1739 fue cuando dió principio á aquel admirable trabajo. Comenzóse á edificar sobre el mismo Newa inmediato al nuevo palacio de invierno del Czar. El sitio ofrecía grandes ventajas, pues era construir al pie de la cantera. En ocasiones anteriores se había visto sostener á aquel río millares de hombres armados, artillería de grueso calibre, morteros que habían hecho descargas reiteradas. Seis años antes en un espectáculo dado á la emperatriz Ana, había sostenido una fortaleza de nieve y hielo atacada y defendida con todas las reglas del arte, y últimamente ganada con espada en mano. Ya las paredes estaban bastante elevadas, pero los trabajos habían comenzado antes de tiempo, y el hielo no había adquirido bastante consistencia; sobrevino una blandura, y el edificio se desmoronó.

Este contratiempo no desanimó á Danielowitsch: eligió otro lugar mas á propósito para sostener su obra entre la fortaleza del almirantazgo construida por Pedro el Grande, y el nuevo palacio de invierno edificado en el glorioso reinado de la emperatriz Ana. Se escogió el hielo mas transparente, se cortó en trozos regulares y embellecidos con mil adornos de arquitectura. Estos trozos se subieron por medio de gruas y se colocaron con orden unos sobre otros: para asegurar las juntas se derramaba agua, que por la acción penetrante de un frío excesivo se helaba inmediatamente. En pocos dias quedó concluido un edificio de cerca de sesenta pies de largo, veinte de ancho, y veinte y cinco de alto. Todas las paredes eran transparentes y de un color azulado. Maravilloso debía ser el aspecto de aquel palacio de una sola pieza, brillante, y del mas puro cristal.

Delante de aquel monumento, se veían colocados en una misma línea seis cañones trabajados á torno con sus cureñas y ruedas tambien de hielo. Sus proporciones eran exactamente iguales á las de las piezas de artillería de 4 3. Lo mas admirable es que estos cañones fueron puestos á prueba diferentes veces, una de ellas á presencia de toda la corte: componíase la carga de un cuarteron de pólvora y una bala de hierro de su calibre, y una de estas balas tuvo suficiente fuerza para alcanzar hasta una distancia de sesenta pasos, y atravesar una tabla de dos pulgadas de grueso. En la misma línea había asimismo dos morteros absolutamente iguales á los comunes, y que con un cuarteron de pólvora podían espedir bombas de ochenta libras.

La prueba se repitió diversas veces y siempre con el mismo éxito: á cada lado de la entrada y siempre en la misma línea, se veían dos delfines de hielo cuyas bocas espelían durante la noche uafsta ó betun inflamable.

Detras de las piezas se elevaba una balaustrada toda de hielo, elegantemente esculpida, sostenida por pilares de distancia en distancia y adornada con cuatro estatuas. Tenía este recinto tres entradas, una principal y dos á los costados: la abertura de estas estaba marcada por pilares coronados de anchas urnas de las que salían arbustos cuyas ramas, hojas y flores eran de hielo. En lo alto de la casa cerca del techo, había otra balaustrada que sostenía bolas hechas á torno. Interrumpía un frontispicio elevado sobre la entrada principal sostenido por cuatro columnas esculpidas con esmero, y coronado por dos estatuas.

Este palacio de un solo cuerpo, tenía en su fachada seis ventanas con sus bastidores pintados de verde. Penetrábase al interior por una gradería de algunos escalones, y lo primero que se veía era un espacioso vestíbulo que por cada uno de sus extremos conducía á una habitación. Todas las ventanas eran tambien de hielo. Por la noche se iluminaba este palacio con una multitud de luces, y se colocaban figuras grotescas en las ventanas. Este resplandor aumentado por la transparencia de las paredes, la variedad de colores y la estravagante originalidad de las figuras, presentaba á la vista un espectáculo mágico. Hubiérase creído ver en él el palacio de las Hadas.

No era inferior el arte y lujo que se advertía en su interior. En la primera habitación se veía un tocador sostenido por dos sirenas, con un magnífico tremol, dos candelabros con sus bugias, dos vasos é infinitad de cajas de colives; en el fondo un lecho con sus cortinas, sus cojines y debajo dos pares de chinelas, y un solo sitial; en el centro una elegante chimenea adornada con dos estatuas, y en su lugar varias astillas de hielo. Las bugias y las astillas estaban forradas con pasta, especie de betun líquido y claro que producía una luz viva y un débil calor; con esta preparacion era con la que de noche se encendían. En la otra habitación se veía sobre una mesa un reloj con todo su rodaje hecho con tal precisión cual si fuera de bronce; algunos naipes y varias flechas esparcidas; á cada lado un sofá abundante en relieves; en cada uno de los ángulos se divisaba una estatua sobre un pedestal, y en el fondo un armario cubierto de multitud de figuritas góticas, con un servicio completo de té; canastillos con variadas frutas, y platos llenos de esquisitos manjares. Todos estos muebles formados de hielo no solamente tenían las formas segun la moda de entonces; sino el mismo color natural propio de cada uno. Nada había omitido el arquitecto que pudiese aumentar la hermosura de su obra; ¿y qué tenía que economizar el que disponia de los tesoros de la imperial magnificencia?

Así fue que no le bastó el palacio; hizo construir á cada lado y á alguna distancia una pirámide hueca, fija sobre un pedestal. En lo alto se abrió una ventana redonda, y en el cuerpo de la pirámide, se colocó una gran linterna de ocho facas en cada una de las cuales figuraban caricaturas de formas ridículas. Por la noche se iluminaba esta disforme linterna, y una mano invisible la hacia girar sobre su eje, de forma que las figuras aparecían sucesivamente á la ventana. Mas retirado, y á la derecha del palacio se veía un elefante hueco conducido por dos peras, y montado por otro del tamaño natural. Durante el dia arrojava agua por la trompa á 25 pies de elevacion, y por la noche esta agua se reemplazaba por uafsta inflamada. Por intervalo, se le oían mugidos semejantes á los que arrojan tales animales. Á la izquierda y para que tuviese juego había construido un pavillon y en su centro un baño.

Esta maravilla, única en su género, duró mas de dos meses: á últimos de marzo fue cuando empezó á desplomarse y fue desapareciendo poco á poco.

CONRADO.

LA CABAÑA.

¿Cuán tarde has venido esta noche, mi querido Conrado! Si vieras qué largas se me hacen las horas cuando te espero!... tú tienes sin duda muy poca idea del amor cuando así me atormentas.—Leticia, aplica tu diestra un momento sobre este corazón que late, sobre esta mano que abrasa, sobre esta frente que hierve, y dime después si te acuerdes, que no conozco amor.—Ah, no, bien mío: no son necesarias tantas pruebas para asegurarme de que soy querida! Qué más? tú abandonas el regalo de tu palacio, te entregas á las olas y pasas el corto espacio que nos separa de Génova sumergido en un frágil barquichuelo, solo por verme y escuchar mis injustas reconvenções. ¿Sabes que soy una ingrata que no merezco tu cariño?—Eres... una niña, por mi desgracia demasiado hermosa, y por tu mal hábito desgraciada. Escucha, Leticia; los momentos son caros, y acaso, acaso mañana amanecerá el día de nuestra eterna separación.—¿Qué dices? No, no es posible: tú me has ofrecido no volver más á Palestina, y eres caballero; si cumples esta palabra ¿quién será bastante á separarnos?—La muerte!...—Ah! ya veo que estás enfermo de melancolía, y es preciso distraerte. Cogeré mi laud... pero ¿qué digo? ¿necia de mí! se me olvidaba que estoy en la choza de un pobre pescador. No importa; tomaré esta caña de pescar y moveré los dedos como si sonase las cuerdas. Voy á cantar-te... ¿qué quieres que te cante? ¿la balada del marinero que empieza

Mi fortuna está en el aire,
Y en el agua mi desgracia.
Por que aquel muese mi nave
Y este después se la traga?

No, esta canción es muy fea: entonaré un romance, que hace tiempo compuso para mí un enamorado trovador.—Un trovador!... ¿Qué escucho!... ¿cuál es su nombre!...—No te sobresaltes, amigo mío; yo te daré las señas que tiene, y veremos si le conoces. Es un jóven de gallarda presencia que tiene un gusto delicadísimo para música; viste como tú el hábito de cruzado, y como tú combatió valerosamente en los campos de Tolemaida: su voz es más dulce que el aliento del céfiro; sus modales tan graciosos como los del amor: la nobleza de su cuna...—Basta; ya me irritan tan descompasados elogios; ¿quién es ese hombre? yo exijo que me lo digas, porque me has jurado tu fe, y ya soy tu asposo á los ojos de Dios.—Paciencia, señor caballero; si yo sé elogiar á mis adoradores, también entiendo de descubrir sus defectos y de reirme maliciosamente al relatarlos. El trovador de quien voy hablando, es un tanto celoso y más que sobradamente melancólico. Cuando le veo triste, suelo para distraerle, coger una caña de pescar en defecto de mi pobre laud, y cantarle alguno de los romances que él me compuso. Vé aquí uno de ellos.

A Dios, ídolo querido;
Bella pescadora, á Dios
Que Jerusalem peligra
Y allí me llama el honor.
No me asustan las fatigas,
Pues ya del desierto el sol
Otra vez quemó mi frente,
Mi lábio otra vez secó.
Ni me espanta el corvo alfanje
Del sarraceno fecos,
Que es arma de mi solo filo,
Y mi espada tiene dos.

Acóbardame el dejarte,
Y en apartada region
Ir á buscar un sepulcro
Do no alcanzará tu voz.
Leticia! ¡cara Leticia!...
Este nombre seductor
Liga mis trémulas plantas...
—Nohies guerreros, perdon:
Perdon de este mi delirio;
Ya soy vasallo de amor,
Ya no parto con vosotros...
—Mas suena el clarín ¡Adios!—

—¿Qué niña eres Leticia! tú te entretienes en recordar esas pequeneces mientras el huracán silba horribilmente sobre nuestras cabezas, y cuando el rayo abrasador próximo á exhalarse contra nosotros serpentea entre

las nubes. ¿Ignoras acaso las últimas ocurrencias de Génova? ¿no ha llegado á tus oídos el horrible triunfo de nuestros enemigos, el degüello y desolacion de las familias *gibelinas*?—Todo, todo lo sé; pero deja ese lenguaje que me hace estremecer, y conságuenos estos instantes á la pintura de nuestro amor. Esta palabra es tan dulce...!!! Y en prueba de ello, echa una mirada sobre este apuesto miserable donde todo respira el infestado aliento de la pobreza. ¿Ves ese aguar humilde que vale aún menos que el más inútil balcón de tu parque de caza! Pues yo le prefiero al riquísimo alcázar de mis mayores en este dulce momento que te miro á mi lado. ¿Ves ese leño que destila un betun hediondo al consumirse en el fuego. Pues yo no le trocaría por la más preciosa araña de Venecia, porque ahora ilumina tu escudo y yo veo en él esculpida la divisa de mi amor... ¡Ay Conrado; júrame de no por esa misma divisa que la muerte sola podrá separarte de mí!—Infeliz; cuando tal pronuncias, ignoras que el poder de Génova ha firmado el decreto de mi proscripción.—¿Y qué, piensas dejarme abandonada de nuevo en esta tribu infernal, de pescadores y asesinos?—No es posible: yo te seguiré á todas partes y dividiré contigo los peligros y las penas del desierto. Un año hace que sucumbió mi desventurado padre bajo el cuchillo de los *guelfos*; un año hace que me despojaron de mi palacio, de mis riquezas, de mi dignidad, y que me dió abrigo en su choza un pobre barquero, el único *gibellino* que se encuentra en esta miserable comarca. ¿Quieres que con tu ausencia se abra para mí un nuevo período de humillaciones y de tormentos?

El jóven cruzado se caló la visera, sin duda para ocultar algunas lágrimas, y contestó así.—Nada temas, hermosa mía. Yo juro que partirás conmigo, y que á mi lado vivirás ó moriré entre tus brazos.—Mañana, cuando las sombras de la noche se estendian por el cielo, te conduciré á mi palacio, donde encontrarás un sacerdote que nos una, y un bagel que nos aleje de estas infestadas costas de Italia. Huiremos para siempre del choque de los partidos y del rencor de los tiranos. Miraremos de lejos caer una por una las carcomidas piedras del edificio de la patria, como ve el pasajero desprenderse las hojas de un árbol venenoso á impulsos del huracán: viviremos el uno para el otro, tan unidos como la inocencia y la alegría, como la risa y el placer; recordaremos las pasadas amarguras, como el hermitaño de los Alpes describe al hogar del fuego los lielos de sus montañas; y cuando la muerte nos sorprenda en medio de nuestras dichas, una misma losa cubrirá nuestros huesos, y una misma arena les servirá de mullido.—¿Qué proyecto tan seductor!... corre, corre; no dilates un instante en ponerlo en ejecución... Pero no; estate un momento más á mi lado. El buen Jorge, mi padre adoptivo, estará todavía recogiendo las redes y no volverá tan pronto; á más de que si volviese, yo le diría quién eres, y el pobre viejo se llenaría de júbilo al saberlo.—Guardate bien de que se penetre el secreto de mi nombre. Si la turva hedionda de sus vecinos llegase á descubrir que Conrado Espinola estaba solo en esta playa, el rencor hácia mi linaje les haría inventar mil géneros de suplicios para arrancarme la vida... A Dios; cuando vuelva mañana traeré conmigo mi harpa para que te distraigas en el tránsito, y puedas cantar un romance nuevo que ha compuesto tu grande amigo el trovador.—Pues mira, cuando hables á ese interesante poeta, dile en mi nombre que le amo más que nunca.— ¡A Dios!

LA PESQUERA.

Lo juro por las agallas del pescado de Tivias. No vuelves con pellejo á tu casa, si no me das parte en el hallazgo.—¿Y qué te importa á tí, Cabeza de tiburón, que yo me encuentre una cruz de rosario, que á lo sumo podrá valer 3 dollars miserables de plata? Deja á ca-

da pólere con sus ganancias, y véte á tu pesquera que acaso las anguillas habrán saltado de la red.—No haré yo tal por la pellica de mi gorra; mientras no me convides siquiera á medio vaso de aguardiente de España, porque mi cuchillo está deseoso de hacer reconocimiento con algunos; y..... —Basta de fauleronadas: yo te daré el aguardiente, y no hay mas que hablar en el asunto.— Eh; camarada! *Boca-negra*, acerca hacia aquí tu lancha y dinos, qué tal te ha ido con el soldado de la visera caída.— Dios os guarde, compañeros de viaje me ha valido un escudito de oro.— ¡Cola de mastin, y que generoso es el incógnito! ¿Y no ha quedado de volver otro día á repetir el donativo?— ¡Si, pero no se lo digas á nadie. Me mandó que estuviese mañana al oscurecer en el puente nuevo con mi barca, y me preguntó si podría conducir en el mismo bote á una dama.— ¡Ah! esa dama es la señora de la choza de Jorge; la misma que suele cantar por la bajo la canción del Emperador, á quien Belcebú lleve cuanto antes á los infiernos.— ¡Y qué sabes tú, *calvo de Satanás*, si la dama que quiere llevarse el de la visera, es acaso tu mujer la vieja loba, aquella que come las sardinas crudas, y se guarda el aceite para untarse las cañas?— No; es que yo le he visto entrar en la cabaña de Jorge, y al salir por la puerta oí á la picaresca *gibelina* que le decía, ¡A Dios!..... así como con cariño y con sentimiento de que se marchase.— Pues eso es prueba de que se quieren.— Y si es así hace bien en robarla.— ¿Sabéis que me dá á mí en que sospechar ese soldado?— Y á mí tambien.— Y tambien á mí. Yo creo que ha de ser algún renegado *gibelino* cuando tanto se recela de nosotros.— Yo he querido cogerle las vueltas cuando llegamos á la ciudad; pero él hizo tantos vueltos por las calles, que no pude saber á donde iba á parar.— ¡Clito! puede que por esta cruz que se le cayó del pecho cuando estaba hablando contigo, descubramos alguna cosa.— *Boca-negra*, acerca aquí ese farol y la veremos despacio.— ¡Ola! pues tiene letras, pero yo no las entiendo.— Ni yo tampoco.— Sois unos zanos vestidos de barqueros. Yo os las descifraré si atizais esa torcida..... Así, así;..... cuidado no se apague; ¡qué mal alumbra el aceite de la ballena!..... Atención..... ¡Cola de mastin! no es una medalla de rosario, sino un redondel que tiene pintado el sol, y alrededor un letrero que dice..... dice..... *Valor premio al.....* esto está en francés.— Pues á ver si hay algo en el otro lado?— Sí, hay un nombre... alumbra bien,..... no hay duda; *Conrado* dice.— ¿Y qué mas?— *Aguardad.....* Conrado Espinola.— ¡Conrado Espinola! ¡Cuernos de Belcebú! ¡Y ese pícaro revolucionario se ha paseado entre nosotros!..... — ¡Un *Espinola* en el barrio de los pescadores!— ¡El jefe de los gibelinos!..... si cayese entre mis uñas..... — Por eso se ocultaba con tanto cuidado.— No puede ser nunca bueno porque todos los de su raza han sido siempre partidarios del emperador.— ¡Bribones! y enemigos de nuestro Santo Padre.— Arrojemus ese galápago al mar si vuelve á asomarse por esta Costa.— No, *Cabeza de tiburón*; al fin es cristiano: mejor es meterle vivo en un hoyo y después cubrirle de tierra.— ¡Disparate! se le corta en trozos como si fuese una anguilla y se le lleva al mercado.— Salvage! ¿no ves que pudieras macharte las manos de sangre, y creerse despues que habias asesinado á alguno?— Pues colgarle por el pescuezo de la choza de su querida.— Sí, y ahorcarla despues á ella para que le haga compañía.— ¡Callad, pulpones sin sal; yo os diré lo que podemos hacer como buenos *güelfos* que somos y fieles servidores de Su santidad. Jurais hacer en este negocio lo que yo os diga?— Lo juro por esta gorra de pelo que robé en el matin del otro día.— Y yo tambien lo juro por los barriles de ron que me conquistó mi cuchillo en esa misma batalla.— Pues atended.— Tu, *boca negra*, mañana á la hora señalada estarás en el puente nuevo para traerle al póbre diablo, llevándote aquella lancha vieja que está cerca del as-

tillero. Cuando estés ya cerca de aquí, haces sutilmente un barrenito en una de las castillas del bote y te retiras á descansar; apenas le desenlarkes, dejando lo demas á nuestro cuidado. Despues..... ¡Cola de mastin, como me se me seca la boca por falta de aguardiente!— Dejemos la pesca por esta noche: muchachos, venid conmigo á echar un trago, y en la tabaña os acabaré de explicar mi proyecto. Cuando la calva se me caliente con el vapor de los licores, discurre mas que el famoso Saladino Rey de los Godos.— Salvage, si Saladino es el general de los turcos.— Tanto me dá: lo que yo protesto es que cuando estoy turco, ó cuando cojo una turca, desafío á toda la turquia entera á segar cuellos, á dividir cabezas y renegar de los santos; por esta razon, menead esos remos, muchachos, y avacemos hacia el agua dulce cantando los tres á coro.

Cien musulmanes es yerón
Al rigor de mi cuchillo,
Porque ellos estaban solos
Y á mí me ayudaba el vino etc.

LA BARCA.

¡Astro de la noche! tú que arrojas sobre las ondas de este rio la pálida luz en que bañas los silenciosos sepulcros, tú que acompañas al pasajero en su viaje y en su calabrozo al asesino; tú que presides á las deshechas del amante y á las agonias del moribundo; sigue un momento los pasos de este mortal desgraciado. Gufame á la pobre cabaña donde habita mi hermosa, y haz que pueda leer en su semblante la calma de la inocencia y la sonrisa del amor!

Así exclamaba hablando consigo mismo el enamorado proscrito, mientras su frágil barquilla corría con lentitud las encrespadas olas. El miserable remero su conductor le miraba al soslayo como queriendo devorarle con sus ojos de azor; pero ocultaba su veneno como el aspid punzoñoso, dejando á la brisa del mar que con sordo murmullo tomase la voz para interrumpir el silencio de la naturaleza.

No bien llegadas á cierto parage de la costa ponian el pie sobre la arena, cuando percibieron dos hombres de mala traza que se acercaban sigilosamente en una ligera lancha. Llevó el cruzado la mano á la guarnición de la espada, sospechando que fuesen vandidos, cuando uno de ellos exclamó dando una terrible catejada.— ¡Cola de mastin!..... no temais nada, señor gibelino; nosotros somos unos pobres diablos, y muy servidores vuestros. Hemos cogido esta tarde un pez muy extraño en este mismo sitio, y deseamos que hagais con él un obsequio á vuestro amigo el emperador.— Diciendo esto tiraron los dos á un mismo tiempo de la estremidad de un cordel anarrado á la barca; arrojaron con violencia á los pies del guerrero un bulto informe envuelto en un pedazo de lona, y se alejaron de su vista con increíble velocidad. Sorprendido Conrado duró un momento si acercarse á reconocer aquel extraño fenómeno ó dirigirse desde luego á la cabaña de Jorge; pero instigado de una extraña curiosidad, se aproximó algunos pasos hacia el objeto, le movió á un lado y otro con la punta de su espada, y advirtió con pavor que el supuesto pez era un cadáver..... y un cadáver de mujer. A la vista de tan horrible espectáculo un frío mortal se difundió por sus venas; dejó de latirle súbitamente el corazón, y un funesto presentimiento le embargó el uso de la razon y del habla. Acercóse, todo trémulo, á aquellos restos inanimados, echó sobre ellos una ojeada vaga y llena de terror, y con la angustiosa agitacion de una madre que destapa la cuna donde ha muerto su hijo; descubrió el lienzo que envolvía el desfigurado y lívido seno de la virgen. Un grito de horror se exhaló delo íntimo de sus entrañas ¡es ella!..... ¡es ella!..... y no pudo decir mas porque cuyo sin sentido sobre la arena. En tal estado permaneció largos instantes, hasta que volviéndole á la vida el mismo esfuerzo del dolor que le habia privado de ella, corrió como loco por la ribera dando espantosas vo-

ces, hiriéndose el pecho con el pomo de la espada para acallar los gemidos del corazón, é invocando á gritos la muerte como el único remedio á su frenético tormento. Poco despues juzgando fuese sueño cuanto por él pasaba, sacó del barco su laúd y le puso al lado del cadáver, diciéndole: «despierta Leticia, despierta, dueño mio; he traído la cítara que te ofrecí, y puedes cantar sin temor de que nos sorprendan» pero la bella pescadora habia enmudecido para siempre, sus cárdenos labios no articulaban ya sonidos, y el río solo contestaba con murmullos á las tiernas palabras del infeliz caballero.

Llegado para este el terrible convencimiento de que habia muerto su amor y sus esperanzas, no volvió á derramar una lágrima, ni á exhalar el mas leve suspiro. Llevó la mano á la frente como si meditase algun proyecto importante, y cogiendo en sus brazos el cadáver con expresion extraordinaria de delirio y amor, depositó la hermosa carga en la misma lancha que le habia conducido á aquel sitio; pero advirtiéndole que el barquero habia desaparecido de la costa él mismo agarró los remos fuera de sí, y comenzó á vogar con un ahínco delirante. Dos tiros escasa de ballesta se habria separado de la ribera, cuando

notó que el agua bañaba ya la punta de sus doradas espuelas, y que la rota barca se hundia. Entouces conoció de lleno todo lo horrible de su situacion, y abandonando la boga, desató la visera de su casco, miró por última vez á la luna que comenzaba á ocultar su pálida faz entre las nubes, y dijo con una risa tranquila «gracias, astro hermoso de la noche; ya me alumbraste lo bastante para ver á la que yo creia mi partidora de tálamo, y es mi compañera de sepulero.» — Estrechó, dicho esto, la yerta mano de la doncella; selló un ósculo amoroso en sus azuladas mejillas, y un instante despues el barrenado bagel, no pudiendo flotar sobre la superficie de las aguas, osciló un breve espacio y se precipitó al fondo del mar arrastrando consigo las dos victimas del infortunio. El lijero laúd sobrenadó un momento en las ondas como sirviendo de lápida sepulcral á los desgraciados amantes, y aunque el viento le arrojó bien lejos de aquel parage, pagó el último tributo á la memoria de su dueño, despidiendo de sus agitadas cuerdas un sonido lúgubre y penetrante que el pescador de la ribera interpretó eternecido por un canto de muerte.

Clemente Diaz.



Hembra.



Neutro.



Macho.

LAS ABEJAS.

Entre las infinitas maravillas que ofrece el espectáculo de la naturaleza, pocas sorprenden tan agradablemente el ánimo, como la que presenta un enjambre de abejas. El espíritu de asociación, de este don precioso al que debe el hombre tan señalada superioridad, reina con no menos poderio entre aquellos diminutos insectos creados espesamente, y para confusión de la humana inteligencia. Los demas animales suelen á veces reunirse por instinto, pero luego vuelven á separarse, y nunca forman un cuerpo homogéneo, ni se sujetan á condiciones generales. Entre las abejas por el contrario, la sociedad tiene sus leyes morales discutidas y comentadas por decirlo así; tiene conciencia propia, conoce sus necesidades y sus peligros, los medios de satisfacer aquellas y de cambiar á estos; sigue en realidad una idea viva, animada, que apraeis las circunstancias, y decreta resoluciones extraordinarias para las vicisitudes imprevistas. No es una máquina que marcha en regla mientras dura su estado normal, y luego cambia cuando el resorte se desarregla, y se para en el momento en que este deja de regir, sin que por su parte ponga medio alguno para volver á entrar en movimiento; es por el contrario, un ser que tiene en sí mismo en principio de vitalidad, que posee sus medios, sus secretos, que sabe lo que puede y lo que debe hacer para conservarse. Esta perfecta aptitud de las abejas es uno de los mas singulares fenómenos de la creación; y si la hemos descrito antes que ninguna otra de las facultades, es porque esta las comprende todas; porque en ella se encierra el secreto de la potencia maravillosa que despliegan. Volúmenes enteros no bastarian para describir la vida individual de una abeja, pero referir la historia de su pueblo; así que, habremos de contentarnos con dar en compendio los anales de una ciudad de abejas desde el día de su fundacion, hasta el momento de su mayor esplendor.

El gobierno de uno solo, es el régimen bajo el cual viven las abejas, y cada asociacion se compone del jefe

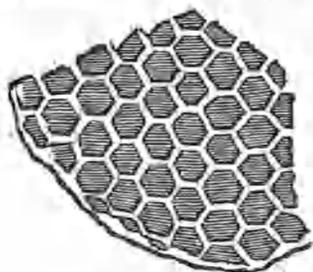
del estado (la reina), de algunos centenares de machos y de muchos millares de individuos neutros, que ni son machos ni hembras, pero que se asemejan mucho mas á estas últimas. Cuando la poblacion de una ciudad se aumenta demasiado, se destacan colonias que van á fundar lejos de la ciudad madre un nuevo establecimiento. Durante los calores del Estío, y mientras el sol despliega su mayor fuerza, la jóven reina del estado futuro abre sus alas y se arroja en el espacio: todos los súbditos decididos á adherirse á su fortuna, vuelan á su lado y siguen de cerca todos sus movimientos, y el torbellino alado atraviesa zumbando los aires. Llegados al sitio extremo de su viaje, la caravana se detiene sobre la rama de un árbol, y se forma en masa compacta al rededor de la reina; formando con sus cuerpos una barrera que la preserva de los peligros de un campo descubierta. Convenida así la estacion, se espiden exploradores que esparcidos por todos lados, van á buscar un sitio á propósito para fundar su ciudad. Cuando encuentran un hueco de árbol ó de roca, despues de haberle examinado y juzgándole propicio, empiezan los trabajos con una actividad extraordinaria. Numerosas cuadrillas de trabajadoras van á buscar el jugo viscoso que espiden los retoños de algunos árboles; le hacen sufrir una especie de preparacion, y cubren con él toda la superficie interior del hueco destinado á servirles de colmena, multiplicando las capas en los puntos en que las paredes son débiles y hendidas, en las partes cóncavas, y en los ángulos salientes. Cuando esta fortificacion contra las empresas del enemigo y las injurias del tiempo se halla concluida, la colonia viene á tomar posesion de ella, y da inmediatamente las disposiciones para impedir un vigoroso impulso á los trabajos que van á seguirse. Distribúyese la tarea; unas van á buscar el jugo de las flores, otras le reciben á la entrada de la colmena, y le transmiten á una tercera clase de operarios que le elaboran de suerte que esté en estado de ser trabajado; estos le entregan á otros cuya mision es

construir las celdillas en que han de nacer y desarrollarse los hijos de la tribu, y los almacenes en que se han de conservar las provisiones de reserva. No hay un pezonoso que trate de eximirse de la parte que le corresponde en la obra, ni un descontento que reclame contra ella: todos trabajan con ardor, con inteligencia: una sola idea anima aquella multitud de cabezitas; sus innumerables esfuerzos tienden con una prodigiosa armonía á un sólo objeto; así es que todo marcha con rapidez, y la ciu-

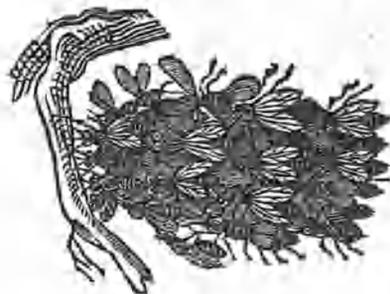
dad no tarda en concluirse. Millares de celdillas, cuyo orden, regularidad y simetría asombran y arrebatan la vista, se abren por todas partes. Las que debien servir de habitaciones tienen tres tamaños; las mas anchas construidas con un cuidado extremo y en muy corto número, serán las cunas de las reinas; algunos centenares de celdillas un poco mas pequeñas que las primeras, son las destinadas para los machos; y las mas pequeñas multiplicadas hasta lo infinito, recibirán á las nacientes operarias.



Parte de una celdilla.



Trozo de panal.



Porción de un enjambre.

La conclusion de todas estas construcciones advierte á la reina, á cuyo cargo está el cuidado de sostener y aumentar la poblacion, que ha llegado la hora de dar principio á sus funciones. Hasta entonces toda su utilidad se ha limitado á ser el alma de aquella sociedad, el lazo misterioso que la ha impedido disolverse y caer en la anarquía; ahora va á empezar funciones mas activas si no mas importantes. Lo primero que hace es una inspeccion general de los trabajos, paseando su vista de maestra sobre todas las celdas; en seguida procede á la operacion de la postura y distribuye sus huevos con una prodigiosa sagacidad no confundiendo jamás los de distinta naturaleza ni las celdas que les estan señaladas á los machos y á las hembras. Terminada la postura por la madre conun otros deberes van á ocupar toda la tribu. Una nueva distribucion de trabajos se verifica entre las operarias; mientras las unas van á buscar por fuera los materiales y provisiones, otras permanecen en el interior de la colmena para ocuparse de las funciones de nodrizas. La nueva tarea es para las primeras la misma que antes con corta diferencia; solo que como las construcciones en la mayor parte concluidas deben recoger muchas menos substancias propias para elaborar materiales, y buscar con particularidad los jugos nutritivos, porque es llegado el tiempo de llenar los almacenes de reserva; y ademas es preciso pensar en la nutricion de los hijuelos cuyo nacimiento se espera. En cuanto á las nodrizas sus funciones son enteramente nuevas; tales son, visitar las celdillas á fin de reconocer si la reina ha cometido alguna equivocacion; preparar el sustento comun de las larvas prontas á nacer, y componer los alimentos exquisitos y dotados de una fuerza sustancial extraordinaria que estan esclusivamente reservados á las larvas reales. Esta parte de la tarea de las nodrizas es de la mayor importancia: el huevo destinado á producir una reina, y el que produce un macho y una operaria, todos encierran el mismo germen, el germen de una hembra; la diferencia es el orden alimenticio, es lo único que produce la que se observa en la conformacion, en las facultades, y por consiguiente en el porvenir de las larvas cuando ya sean abejas. Un alimento poco energético reduce las proporciones de las unas, y las hace neutras privándolas del vigor necesario para poner; los alimentos de una excesiva fortaleza, desarrollan extraordinariamente á las otras, y las forman reinas dotándolas al mismo tiempo de una fecundidad prodigiosa. De aquí se infieren los desórdenes que vendrian á turbar el reposo de la ciudad, si por descuido de las nodrizas la preciosa sustancia se sirviese indistintamente á todas las larvas; espantosas convulsiones sociales resultarian de este error, por-

que algunas partículas del regio alimento que casualmente caigan en las celdas contiguas á las de las larvas reales, producen graves conmociones haciendo salir reinas de la cuna de las neutras. Cuando se acerca el instante en que los huevecillos van á abrirse, las nodrizas visitan cuidadosamente todas las celdas, y apenas sale una larva de su cascaron, la llevan la sustancia nutritiva, y dejan una porción á su lado cerrando en seguida la entrada de la celda con una delgada capa de cera á fin de que nada pueda turbar á la larva durante las revoluciones que tiene que pasar hasta llegar al estado de abeja. Esta precaucion no dispensa á las nodrizas de vigilar las celdas; deben al contrario, espiar el momento en que la cria se esfuerce para salir de su cuna; entonces la ayudan á romper la membrana que cierra la celda, la reciben á la salida, la lamen para quitarla la humedad de que está impregnada, la peinan y la limpian con sus patitas, la dan el alimento destinado á las abejas, y la conducen á la puerta de la colmena, donde se mezcla con los demas trabajadores, y no tarda por su parte en cooperar á las ocupaciones de la comunidad. Ademas de estos multiplicados deberes es obligacion de las nodrizas separar el resto de las provisiones despues de haber atendido al sustento de las larvas y al gasto cotidiano, transformarlo en miel; y deponerlo en reserva en las celdas preparadas al intento, las que cubren con un poco de cera para no abrirlas sino en los dias de escasez.

Aun no hemos tenido ocasion de nombrar los zánganos en este cuadro de actividad general; su puesto no está efectivamente señalado en ninguna parte. Reservados únicamente para impedir la ruina de la especie fecundando á la reina, son enteramente inútiles cuando uno de ellos ha satisfecho este destino único de dos ó trescientos individuos que cubren la ciudad. Exentos de toda combinacion, de todo trabajo, indiferentes á los negocios públicos, viven en una completa ociosidad. Van por los aires á volar entre sí y á destrozar las flores, y á la llegada de la noche, vuelven á la colmena sin llevar consigo el menor peso; sin embargo, no se descuidan en disfrutar de la miel debida á la actividad de las neutras. Estas, mientras dura la estacion de las flores, del sol y de la abundancia consenten en partir con sus ociosos consumidores, toleran, ó mas bien, olvidan su presencia; pero cuando llega el invierno, cuando la recoleccion del dia no basta para el consumo, cuando es preciso estreñar las provisiones de reserva, entonces las obreras hallan tenebrosa para la ciudad la existencia de los zánganos. Una fermentacion sorda agita la comunidad, actos aislados de hostilidad anuncian á los machos que las disposiciones ge-

nerales se han trocado contra ellos. Esta mafevolencia no tarda en revelarse por un acto de rigurosa equidad y singular energía. La espulsion ó la muerte de los ociosos queda resuelta en el consejo de las trabajadoras, é inmediatamente se procede á la ejecucion de la sentencia con implacable rigor. En el dia señalado los conjurados se dividen en dos bandadas, una de las cuales vá á tomar posesion á la entrada de la colmena; todos los machos que se presentan de regreso del paseo, son recibidos á agujonadas, y si insisten en entrar reciben la muerte. Mientras esto pasa á la entrada, el interior de la colmena es asimismo un teatro de asesinato; la otra bandada de dentro, dá asimismo la carga á los proscriptos y los traspasa á puchadas. Los desgraciados machos desprovistos de agujones, y no teniendo ninguna defensa que oponer á sus enemigos, sucumben hasta el último, y los que logran fugarse, no tardan en perecer de frío y de miseria. La prevision que preside en aquella terrible ejecucion, toma medidas de precaucion hasta para el mas remoto porvenir: visitan las celdas, y traspasan con sus agujones todos los huevos que contienen gérmenes de macho. Concluida la obra de la destruccion, arrojan los muertos, los cascarones de los huevos fuera de la colmena, hacen desaparecer todos los rastros del asesinato, y la ciudad vuelve á su calma y regularidad ordinaria.

No es esta la única crisis que agita periódicamente á una sociedad de abejas; hay otra ocasion solemne para ella, tal es el momento en que una parte de su poblacion, vá á abandonar la metrópoli para ir á fundar una colonia. Por algun tiempo los hijos solo sirven para aumentar el número de los ciudadanos; pero cuando la ciudad cuenta diez, veinte, treinta mil habitantes, entonces los recién nacidos, hacen un número excesivo, y deben salir á buscar fortuna. Decretada la emigracion como los emigrados necesitan un jefe, dejan formar una larva real que servirá de madre á todos los individuos de su misma banda. Apenas la reina sale de su cuna, todos los destinados á acompañarla se reúnen ó se preparan á partir; toda la poblacion se conmueve, se agita, y no cesa el tumulto hasta que hecha la última despedida, los aventureros salvan las puertas de la ciudad.

Tales son las ocupaciones ordinarias y las revoluciones anuales de una colmena, pero á veces acontecen sucesos imprevistos. Si un enemigo penetra en la fortaleza, todos los esfuerzos se reúnen contra el invasor que espira traspasado; sacan su cadáver, y si no pueden conseguirlo, le cubren con espesas capas de una materia viscosa, para prevenir la putrefaccion y preservarse de los miasmas

corrompidos. Si la reina muere antes que haya nacido su heredera, la consternacion se esparce por todas partes, el desorden y la lentitud se introducen en los negocios públicos, hasta el dia en que el total desarrollo de la larva real restituye el gozo, la calma, la actividad. La guerra civil suele asimismo interrumpir á veces el curso de la prosperidad general. Por lo comun la primogénita de las reinas empieza su vida por fratricidios, y traspasa con su agujon todas las larvas reales, y si encuentra que alguna larva ha nacido al mismo tiempo, la desafía á muerte. Sucede tambien que en vez de deducir su querrela en combate singular, las dos pretendientes se ponen cada una á la cabeza de su partido, y llaman á la poblacion á defender sus derechos. Entonces se sostienen terribles batallas, ya en los afres, ya en el interior de colmena, los obradores se abandonan, el trabajo se suspende, y la política se hace el único objeto de interés general. Pero una vez decidida la suerte de los combatientes, cuando la reina vencida ha desaparecido, la paz se restablece sólidamente, los partidarios de la difunta se unen con lealtad á su rival victoriosa, y no protestan contra su derrota ni por sordos descontentos, ni por oscuras conjuraciones.

Tal es la alta civilizacion á que llegan las abejas por medio de la asociacion, porque aisladas ó reunidas en pequeñas bandadas no manifiestan sino un instinto mucho mas limitado, una industria mas grosera; y si esta civilizacion debe ser el objeto de una admiracion profunda, la infinita prevision y la exquisita delicadeza con que sus órganos estan dispuestos, no son menos prodigiosos ni confunden menos el entendimiento. El aparato de que estan provistas para extraer el jugo, y recoger las partículas de las flores para clavarlas y convertirlas en miel y cera; el espeso vello que cubre su cuerpo destinado á detener y conservar los átomos que se desprenden de los cálices, frotándose en ellos en todas direcciones; las útiles patitas que pasando como los peines por entre aquel vello desprendan el precioso polvo y le reúnen en pequeñas porciones; los leves surcos practicados de trecho en trecho á fin de recibir las cargas de jugos y perfumes, todos estos instrumentos que la abeja posee se niegan á toda descripcion á causa de su misma delicadeza.

La abeja en fin es la primera en la inteligencia despues del hombre en el orden de la naturaleza, sus obras llevan el sello del instinto, de la actividad y de la industria, y el mecanismo de la vida interior es una leccion perpetua de lo que puede el orden en una sociedad amiga del trabajo, y observadora de sus leyes.

